



# Errores en los autores Científico-Técnicos

*Elvira Muñoz López*

Aunque el título pueda sugerirlo, no voy a referirme aquí a los posibles errores técnicos o científicos de los autores (su metodología, sus investigaciones o la calidad de sus resultados), ni tan siquiera voy a hablar (escribir, quiero decir) sobre la didáctica que rige en sus escritos.

No, será más duro que todo eso (¡y más difícil!, no lo duden), ya que intentaré reflejar los errores expresivos más comunes en dichos autores. Y eso procurando que nadie se sienta ofendido ni se dé por aludido. Si les sirve de consuelo errar es de humanos... y yo soy muy humana.

Pero no se asusten, no pretendo desarrollar explicaciones tediosas ni reglas gramaticales para memorizar (¿quién no recuerda las clases de lengua de su infancia?), sencillamente deseo que después de leer estas páginas, nos sea más fácil evitar ciertos errores que “afean” nuestra redacción.

Resulta muy difícil, cuando no inapropiado, pretender que se domina la lengua, tanto hablada como escrita: gramática, sintaxis, ortografía... Más difícil aún resulta mezclar todos esos ingredientes para lograr una suculenta redacción. Y, ¿qué me dicen cuando el tema tratado es técni-

co? A todas esas dificultades se suma el hecho de que el texto debe ser claro, conciso, sin dudas posibles que puedan confundir al lector.

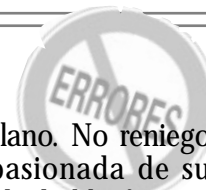
El hecho de centrarme en los autores científico-técnicos se debe a que a ellos va dirigida esta publicación, y que nadie piense que cometemos unos errores especiales característicos de la profesión. Como mucho se nos puede objetar el empleo de un léxico complicado, plagado de anglicismos y galicismos (muchas veces indispensables, aunque se puedan evitar otras tantas).

Los autores literarios no están libres de culpa, aunque los haya que tiren la piedra al más mínimo error ajeno. Ellos nos sirven de ejemplo, pues la Real Academia “limpia, fija y da esplendor” a nuestra Lengua. Pero no confundamos a los señores académicos con el “mayordomo de la tele” porque a veces “el algodón sí engaña”.

En una de mis novelas preferidas, *Cien años de Soledad*, se puede leer, por ejemplo:

“Buendía se dio cuenta, sin asombro, que Úrsula era...”

“Úrsula se dio cuenta de pronto que la casa se había llenado de gente”



Y es que la insistencia de los académicos (y la parodia de algún que otro ministro) ha conseguido corregir bastante nuestro **dequeísmo** (ya saben: pienso de que...), pero ahora, como García Márquez, nos vamos al otro extremo y, en nuestro afán por corregirnos, quitamos “des” de donde no debemos: “darse cuenta *de* algo”.

Si no estamos seguros de una expresión o vocablo, casi siempre podemos sustituirla por otra que, ¡nos sorprenderemos!, en la mayoría de las ocasiones resulta más sencilla.

La sencillez, la claridad y la concisión, en un texto científico- técnico, son características básicas, pues pretendemos divulgar nuestros conocimientos y, lógicamente, ser comprendidos.

Los autores técnicos somos los más criticados por no escribir correctamente, por ser complicados y utilizar palabras “raras”.

Pero también somos los más leídos. Por afición, profesión u obligación, la mayoría de los españoles nos leen. Debido a ello, tenemos que poner todo nuestro empeño en dar ejemplo de buen castellano a los jóvenes que estudian con nuestras obras. De esta manera no sólo aprenderán informática, mecánica, electrónica, aeronáutica, etc., sino también a expresarse correctamente.

Una lengua es algo vivo y, por ello, cambia constantemente hasta que, pasados varios siglos de crecimiento, se convierte en otra lengua. Con ello quiero decir que, dentro de un tiempo, quizá no sean considerados errores algunos de los que aquí trato, y que hoy día son correctas expresiones por las que Cervantes pondría el grito en el cielo.

Parece que nuestra lengua está ligeramente indispuesta, pero aún podemos evitar que enferme. Nuestros jóvenes adolecen de falta de vocabulario y con cuatro adjetivos (dos de ellos ingleses) describen todo. Y ésta es una evolución en cadena: de generación en generación la enfermedad crecerá.

No pretendo ser alarmista porque en nuestras manos está parte de la medicina y porque, afortunadamente, el Habla vive, palpita, siempre en continuo movimiento. Lo único que me preocupa es añadir cambios innecesarios, incluso perju-

diciales para la salud del castellano. No reniego de otras lenguas: soy una apasionada de su variedad y riqueza, pero cuando hablo francés intento utilizar expresiones francesas, no castellanas, y viceversa.

No niego que a veces me siento como D. Quijote luchando contra molinos de viento. ¿Estaré equivocada?, ¿no será mejor admitir toda clase de calcos franceses o ingleses? Al fin y al cabo todos somos Europa.

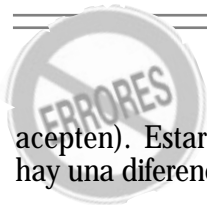
Sinceramente pienso que podemos hacerlo cuando en nuestra lengua no exista una expresión que corresponda al concepto que queremos designar. Pero no acepto que se sustituyan frases o vocablos castellanos igualmente válidos (e incluso mejores).

Palabras como *avalancha*, *revancha*, *constatar* o *masacre*, por ejemplo, han sustituido a las españolas “alud”, “desquite”, “verificar”, “contratar” o “comprobar” y “matanza”.

Uno de estos calcos franceses aparecía ya en un *Curso de Redacción* publicado en 1936. Por supuesto que nada tiene que ver el estilo narrativo de aquella época con el actual, ni en cuanto a vocabulario, ni siquiera en ortografía (algunas reglas han cambiado desde entonces). Pero existían galicismos, uno en particular, al que yo tengo especial aversión, tan extendido ya en el 36 que el propio autor de un *Curso de Redacción* lo utilizó.

Me refiero a la expresión francesa (ya casi española, lamentablemente) sustantivo+ a+ infinitivo. Así, en los ejercicios que propone después de cada tema, el mencionado autor nos indica la “**Idea a desarrollar**” en cada ejercicio. Efectivamente, nos ofrece una *idea para desarrollar*; nos da una *idea que hay que desarrollar*; *que debe desarrollarse*, *que se tiene que desarrollar*; *que ha de desarrollarse*, en definitiva. Luego vemos que en realidad es una *idea desarrollada* en el ejercicio que se realiza al final de cada capítulo.

Es cierto que la expresión gala es más cómoda, lo entiendo: no estamos para gastar energías y la ley del mínimo esfuerzo rige también la lengua. Pero ni remotamente posee los matices de las diferentes expresiones autóctonas que pueden sustituirla (aunque haya académicos que ya la



acepten). Estarán de acuerdo conmigo en que hay una diferencia, por pequeña que sea, entre:

- Una idea para desarrollar
- Una idea por desarrollar
- Una idea que hay que desarrollar
- Una idea desarrollada....

Y una de las características que más prestigio da a nuestra lengua es la enorme posibilidad de expresar la misma IDEA con distintos matices.

Si bien es el inglés el más atacado por meterse en nuestro terreno, sobre todo léxico, las expresiones francesas son más pertinaces.

Así, nos parecen castellanas algunas tan francesas como: **a nivel de la calle**, fácilmente sustituible por *en la calle*; **de otra parte**, extraña transformación de *por otra parte*; **es por eso que me voy**, complicación de nuestro sencillo *por eso me voy*; **en base a**, por *basándose en*; **en función de** su precio, es decir, *según* su precio; un **traje a rayas** o una **cocina a gas** por *traje de rayas* o *cocina de gas*.

Continuando con expresiones ajenas a nuestra lengua, más o menos adaptadas a ella o inventadas, desde hace unos años estamos fascinados por la moda de formar verbos de sustantivos. Algunos de ellos son no solamente insólitos, sino también absurdos.

Tenemos así **conmocionar** por *conmover*, **explicitar** en vez de *explicar* o *explicar*, **impactar** cuando existe *sorprender*, **incentivar** por *estimular*, **liderar** en lugar de *dirigir*, **promocionar** por *promover*, **repcionar** por *recibir*, **infracionar** por *transgredir*, **finalizar** por *acabar*, *terminar* o *concluir*.

Esperemos que explicitando claramente que no hay ninguna necesidad de inventar semejantes verbos se pueda liderar y promocionar esta idea para que impacte y conmocione a quienes la recepcionen. De esa manera no se infraccionar en más las leyes gramaticales y se finalizará con esta absurda creación de verbos.

Esto es sólo un ejemplo (quizá algo exagerado) del habla general divulgada a través de los medios de comunicación (no mass media) que, aparte de otros dislates, nos han enseñado a utilizar constantemente ciertas **muletillas** casi obli-

gatorias cuando se pretende “estar al día”: **A nivel de, coherente, compatibilizar, concertar, coyuntural, de alguna manera, del orden de..., detectar, problemática, por consiguiente, desde un punto de vista, digamos, yo diría que..., a lo largo y ancho de nuestra geografía, etc.**

Aunque no quiero ahondar en el “habla” especial de políticos y periodistas, que sería merecedora de un estudio aparte, permítanme detenerme en las dos últimas expresiones mencionadas.

Estamos acostumbrados a responder a cualquier pregunta: “Yo diría que...”, cuando realmente se *está diciendo* en ese momento, por lo que debe utilizarse “Yo digo que ...”, “pienso que...”.

Podemos decir: “Si *me preguntaran* por... *diría* que...; pero es incorrecto: “Yo *diría* que no *hay sitio* para todos”.

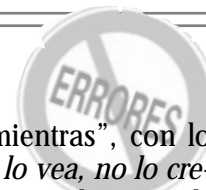
En cuanto a la última expresión, es común escuchar sin sorprendernos demasiado: “Viajó por toda la geografía nacional” (¿?). Podrá viajar por todo el territorio nacional, pero jamás por la ciencia que estudia la tierra (a no ser metafóricamente).

Como contrapartida a tanta creación empleamos desmesuradamente ciertos vocablos **comodín**. Actualmente el rey de los comodines es la palabra **tema**, que ha destronado a *cosa*.

Aplicamos otra vez la ley del mínimo esfuerzo y, bien por no buscar la palabra exacta o por desconocerla, aplicamos este sustantivo en cualquier circunstancia. Y así, el *asunto*, el *argumento*, el *sujeto*, la *materia*, la *cuestión*, el *motivo*, la *idea*, el *contexto*, el *objeto*, el *programa*, el *proyecto*, el *fin*, el *meollo*, etc., todo se convierte en **tema**.

Lo propio sucede con los verbos **hacer, decir, poner, ver o producir**, de los que se abusa y que, con un poco de atención por parte del que escribe, pueden ser sustituidos por otros verbos más precisos.

Descansemos un momento de tal alud de palabras. Quiero transcribir ahora la carta de un lector a su periódico, recogida en un diccionario



de incorrecciones, en la que nos hace observar, con acierto, una errónea expresión:

«Señor director: No soy académico de la Lengua ni puedo presumir de experto gramatical, pero me permito destacar la equivocada utilización de la frase “pedir disculpas” [...]. Se utiliza mal en la conversación de personas con cultura y estudios universitarios, en artículos de periódicos, en películas, en cualquier manifestación hablada o escrita de la vida diaria.

Y para muestra dos ejemplos: El portavoz parlamentario... “pidió disculpas a... pero éste no las aceptó”. El ofensor *pedía disculpas* en lugar de ofrecerlas. “La embajada de... *pidió disculpas* por el incidente que se produjo en...”, en lugar de *ofrecer disculpas* porque se dirigía a los ofendidos”.

Hagamos caso a este lector y **ofrezcamos disculpas** cuando ofendamos a alguien, pero **pidámoslas** cuando nos ofendan.

Siguiendo con esta clase de expresiones que nos parecen tan correctas, quiero mencionar una que consiste en hacer frases con un **hasta que no** fuera de lugar, frases en las cuales se ha logrado colar ese entrometido “no”, que a todas luces está de más, pues lo que queremos decir, en realidad, no es “hasta que no”, sino “hasta que sí”.

Es muy común decir: *hasta que no me lo explicó, no lo entendí; hasta que no lo vea, no lo creeré; hasta que no se duerma, no se quedará quieto*, etc.

Evidentemente, sobra el primer “no” en todas esas frases, ya que con él decimos precisamente lo contrario de lo que hemos pretendido: *hasta que sí lo vea, no lo creeré; hasta que sí me lo explicó, no lo entendí; hasta que sí se duerma, no se quedará quieto*. Con una sola negación: hasta que, no “hasta que no”.

Cierto que esas mismas oraciones quedarán más sencillas si alteramos sus términos, así: *no lo creeré hasta que lo vea, no lo entendí hasta que me lo explicó, y no se quedará quieto hasta que se duerma*. Pero si se desea poner las dos negaciones habrá que cambiar ligeramente las frases,

sustituyendo el “hasta” por “mientras”, con lo cual quedarían así: *Mientras no lo vea, no lo creeré; mientras no me lo explicó, no lo entendí; mientras no se duerma, no se quedará quieto*.

Espero que estos ejemplos aclaren suficientemente que periodistas, escritores, universitarios, etc., todos nos equivocamos al emplear “hasta que no” cuando debemos decir “hasta que”.

Y que conste que en la difusión de este error nada ha tenido que ver la televisión, pues esa falta ya existía mucho antes de la llegada de los televisores.

En lo que sí ha influido bastante el lenguaje periodístico es en el mal empleo del **gerundio**.

Estamos muy acostumbrados a leer en los titulares frases del tipo *El Sr. García resultó herido de bala, siendo conducido al hospital más cercano*. Según este supuesto periodista, al pobre Sr. García lo hirieron *cuando era conducido al hospital*, pues **lo hirieron siendo conducido...**; primero lo estaban llevando al hospital y, en el camino, le dieron un tiro, seguramente para que no hiciera el viaje en vano... Es evidente que se quiere decir: *herido de bala, fue conducido al hospital*.

Dicha forma verbal se puede emplear únicamente cuando indica una acción simultánea o anterior a la del verbo principal; no cuando señala una acción posterior.

Por tanto, es correcto decir: *los chicos entraron en el salón haciendo mucho ruido*. O sea, al mismo tiempo que entraban, hacían ruido. Y también lo es el viejo dicho *preguntando se llega a Roma*, porque la acción de preguntar es anterior a la de llegar.

Pero no son lógicas afirmaciones tales como: *el atleta se lesionó, siendo atendido por...* (y fue atendido), o *el ladrón logró escapar, siendo detenido...* (y fue detenido).

Esta pasión por el gerundio hace que adoptemos como nuestro otro galicismo (como ven, no son pocos). En este caso utilizamos la forma verbal con valor adjetivo: **una carta diciendo...**, **una ley prohibiendo...**, traducción literal y errónea del francés: “une lettre disant, une loi interdisant...”.



En español no existe tal traducción, pero sí: *una carta que dice, una ley que prohíbe...*

Bien, éstos son sólo unos ejemplos de la variedad de errores que cometemos al escribir, a los que se suma la mala pronunciación, que está alcanzando cotas insospechadas.

También es una demostración de que siempre se puede utilizar más de una expresión para decir lo que queremos. Si dudamos de la corrección de alguna, lo mejor es emplear otra.

## ¡FELICIDADES!

Felicito sinceramente a todos aquellos que hayan llegado hasta aquí y, como recompensa, me gustaría ofrecerles, lo más esquemáticamente posible, unas sencillas recomendaciones:

• **Lo importante no es saber, sino saber buscar.** Cuando escribamos debemos tener a nuestro lado el *Diccionario de la RAE, un buen diccionario de sinónimos y diccionarios técnicos*. Facilitarán enormemente nuestra labor un *diccionario de incorrecciones y una gramática sencilla y clara*. Recientemente la RAE ha editado su diccionario en **CD ROM**; esta extraordinaria obra permite “navegar” por todo nuestro léxico, ir fácilmente de una palabra a otra, encontrar un término que en ese momento no recordamos, sinónimos, etc. ¡Todos conocemos las ventajas de un CD ROM!

• **La expresión en un libro científico o técnico debe tener “las tres C”:**

- **Clara:** sin párrafos, construcciones ni términos de difícil comprensión.
- **Concisa:** evitando perífrasis, repeticiones innecesarias de términos e ideas, muletillas, lenguaje retorcido (yo tengo un amigo mío, lo veo con mis propios ojos, como más, tema, paradigma...).
- **Certera:** logrando que cada término exprese realmente un significado.

• Si tenemos tiempo, es conveniente **leer lo escrito un tiempo después, o leérselo a**

**otra persona.** De esta forma apreciaremos errores que no vimos antes.

Y más consejos... Esta vez enumero unas sencillas y prácticas reglas que nos permitirán escribir correctamente esas expresiones de las que siempre dudamos.

- 1) **Evitar la repetición** de palabras, sílabas o finales de palabras. Todo ello produce cacofonías y recarga el texto: “prestigiosos estudiosos”.
- 2) No hacer **referencia a otras partes del libro** diciendo: más arriba, más abajo... Indicar el título o capítulo correspondiente.
- 3) **Evitar párrafos o frases que comiencen igual.**

### 4) Números:

Se dice *undécimo* y *duodécimo*, no *décimo primero* ni *décimo segundo*. El *sufijo -avo* no indica orden de secuencia, sino las partes en que se divide la unidad (treceava parte).

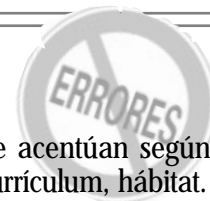
### 5) Punto:

- No se emplea en *siglas* ni *símbolos*, pero sí en *abreviaturas* (RAE, RENFE, pág., etc.)
- No se pone punto tras *signos de interrogación o admiración*, pero sí coma o punto y coma.

### 6) Coma:

- *Nunca* debe ponerse *entre sujeto y verbo*.
- Si hay *conjunción copulativa* no se pone, pero a veces es necesaria para aclarar el significado: “Juan viajó la pasada noche a Barcelona, y a Madrid no irá hasta mañana”.
- Las oraciones que *suspenden* momentáneamente *el relato principal* irán entre comas: “Son elementos que, como su nombre indica, se encargan de...”

7) **Puntos suspensivos:** no deben utilizarse tras la palabra *etcétera*.



## 8) Acentuación:

- Las palabras monosílabas se acentúan sólo cuando la tilde es signo de diferenciación:

*mí* (coche) / (para) *mí*

*de* (noche) / *dé* (dinero a los pobres)

*se* (va) / *sé* (lo que digo)

*sí* (condición) / *sí* (afirmación o pronombre)

- Cuidado con *fui, fue, vio, dio, fin*, porque inconscientemente tendemos a acentuarlos.
- Se acentúan las abreviaturas: máx., mín., admón., pág.
- Construido, destruido, jesuita* no llevan acento.
- Continua*, sin acento, es adjetivo: raya continua.

*Continúa*, con acento, es verbo: continúa sin llover.

- Aún* lleva acento si se puede sustituir por “todavía”, pero si es sinónimo de “hasta”, o “incluso” no lo lleva.
- Sólo* lleva acento si puede sustituirse por “solamente”; si es adjetivo (tiene género y número), no:  
“lo encontrarás sólo en casa” (y no en otro lugar).  
“lo (a) encontrarás solo (a) en casa” (sin compañía).
- Que, cual, cuan, cuanto, como, donde* llevan acento cuando interrogan o exclaman: “dime cuándo, cómo y dónde lo harás”.
- Pregunta: *¿Por qué?* / Respuesta: *Porque*  
Relativo: el motivo *por que* (por el cual) no viene  
Sustantivo: el *porqué* de la crisis
- En *palabras compuestas*, el primer elemento no lleva tilde: decimoséptimo, videocámara. Se exceptúan los adverbios en *-mente*: fácilmente, íntimamente, ágilmente.

- Los *nombres en latín* se acentúan según las normas españolas: *currículum, hábitat*.
- La tilde no debe omitirse cuando se escribe en *mayúsculas*, ya que el acento español diferencia vocablos.
- No se acentúan palabras como *examen, origen*, pero sí *exámenes, orígenes*.

## 9) Analogías:

- Barbarismos:** no son frecuentes en libros científicos: *hablastes* (por *hablaste*), *venticinco* (por *veinticinco*).
- Arcaísmos:** “si así lo fuere”, “el que fuera ministro”, que da un cierto toque de elegancia a la expresión, pero que llega a convertirse en muletilla recargada.
- Términos impropios:** son más difíciles de advertir porque estamos habituados a ellos:
  - *Desapercibido* (desprevenido, desprovisto de lo necesario) por *inadvertido* (que no advierte, no advertido).
  - *Inclusive* (incluido el último objeto nombrado) por *incluso* (hasta, aún).
  - *Incardinar* (vincular) por *quedar incluido*.
  - *Sino* (“no es blanco sino azul”) por *si no* (“iré si no lloras”).
  - *Prever* (ver antes) por *proveer* (suministrar).
  - *A cerca* (“mataron a cerca de mil personas”) por *acerca* (“habló acerca de su libro”, es decir “habló sobre su libro”).
  - *A parte* (“vieron a parte de su familia”) por *aparte* (“poner algo aparte”).
  - *Sobretudo* (especie de abrigo) por *sobre todo*.
  - *Entrar* por *introducir*.
  - *Direccionar* (inexistente) por *dirigir*.
  - *Posicionar* (tomar posición) por *colocar, situar* o *poner*.
  - *Testear* (inexistente) por *comprobar* o *verificar*.



### 10) Concordancia:

- Hay que prestar mucha atención a la *concordancia de los elementos de la oración*, ya que puede ser origen de numerosas confusiones:

No podemos decir: “Al llevar *incorporadas* un motor, *las barcas...*”, sino: “Al llevar *incorporado un motor*, las barcas van más rápido”, porque es el motor el incorporado.

Si son correctas frases como:

“*La mayoría* de las mujeres *suele...*” (no *suelen*)

“*Existe una serie* de problemas...” (no *existen*)

“*La blancura* de las paredes *hace* que...” (no *hacen*)

- Igual importancia tiene la *correspondencia temporal de los verbos*. No podemos decir: “Si *lloviera* mañana *sacamos* el paraguas”, sino “si *lloviera* mañana *sacaríamos* el paraguas”
- Una aclaración: *águila, agua y área* son sustantivos *femeninos*. Decimos *el águila, el agua y el área* para evitar su pronunciación como *l’águila, l’agua o l’área*; pero debemos decir “esta *águila* es blanca, esta *agua* está clara y esta *área* es cuadrada”.

### 11) Deber / Deber de

Confusión muy común producida en parte por el ya comentado dequeísmo.

- *Deber* implica obligación y puede ser sustituido por “tener que”: Debe trabajar (tiene que trabajar).
- *Deber de* implica suposición: debe de estar en casa (supongo que está en casa).

### 12) Leísmo, laísmo, loísmo

El leísmo es la sustitución del pronombre personal “lo” (cuando es complemento directo) por “le”: “*les* admira mucho” (a ellos), en lugar de “*los* admira mucho”. Sólo el leísmo referido a *persona* está admitido por la Academia de la Lengua.

Pero no el laísmo ni el loísmo: se trata, en ambos casos, de la sustitución del pronombre personal “le”, que hace oficio de objeto indirecto, por “la” o “lo”: “*la* regalé flores”, por “*le* regalé flores (a ella)”.

### 13) Donde / adonde. Fuera / afuera

*Donde* denota inmovilidad: “la ciudad *donde* nació”. *Adonde* indica movilidad: “el país *adonde* vamos”. No es correcto: “la ciudad *adonde* nació”, ni “el país *donde* vamos”.

La misma diferencia existe entre *fuera/afuera*.

### 14) Arriba / abajo

Es incorrecto decir “subir arriba” o “bajar abajo”, puesto que subir siempre es hacia arriba y bajar, hacia abajo.

Debe decirse “ir de arriba abajo o de abajo arriba”, no “de arriba a abajo”; sobra la preposición “a”.

### 15) Preposiciones

- **A.** El complemento directo sólo va precedido de esta preposición si es de persona o cosa personificada:

“Quiero *a* mis padres”

pero no: “La grúa se llevó *a* los coches”.

- **Para.** Decimos: “Pastillas *para* el dolor de cabeza”, cuando las pastillas son para nosotros. Debemos decir: “Pastillas *contra* el dolor de cabeza”

No “me lo regaló *para* mi cumpleaños”, sino “*por* mi cumpleaños”.

- **Por.** Es incorrecto utilizar zapatillas “para estar *por* casa”; naturalmente, podemos utilizarlas, pero “para estar *en* casa”.

Otros usos inadecuados de esta preposición:

“*Por* orden del Rey” / “*De* orden del Rey”.

“Tiene afición *por* la bebida” / “Tiene afición *a* la bebida”.

- **En.** “Fuimos *en* dirección Norte” / “*con* dirección...”.



“Sentarse *en* la mesa para comer” es incómodo; lo educado es “sentarse *a* la mesa”.

“Viajé *en* la noche” / “viajé *por* la noche, *durante* la noche”.

No es comprensible el desmesurado abuso de *en* en frases como:

“Se realizó un estudio *en* profundidad” (profundamente).

“Estudiar *en* detalle” (detalladamente).

“Analizar *en* conciencia” (concienzudamente).

Nos damos cuenta de que sin ton ni son utilizamos una preposición que, hemos de reconocer, quita corrección a la expresión literaria.

• ***De... a / Desde... hasta***

Habitualmente mezclamos estas cuatro preposiciones:

“*De* Madrid *hasta* Barcelona”, “Desde el primero al último”.

Podemos elegir una opción pero no intercambiar las preposiciones:

“Desde Madrid *hasta* Barcelona” / “De Madrid *a* Barcelona”.

“Desde el primero *hasta* el último” / “Del primero *al* último”.

No sé si he alcanzado mi objetivo, pero espero que, si han conseguido leer este escrito hasta el final, les haya sido útil. Sólo he pretendido que los autores científico-técnicos y académicos seamos conscientes de la importancia que tiene la “forma” de nuestra obra, ya que permitirá al lector comprender mejor el “fondo” y será para él un modelo.

Por último, quiero expresar mi agradecimiento a los autores A. Santamaría, A. Cuartas (†), J. Mangada (†), J. Martínez de Sousa, G. Martín Vivaldi (†), J. Quesada Herrera, S. Domínguez Calvo, y tantos otros que con sus obras y su preocupación por el castellano nos ayudan a hablar y escribir mejor.